



Comentario bibliográfico

Casola, Natalia: *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión ilegal*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015.

Jonatan Nuñez

Universidad de Buenos Aires
jonatan.a.nunez@gmail.com

Fecha de recepción: 16/10/2015
Fecha de aprobación: 21/10/2015

En *El PC argentino y la dictadura militar* Natalia Casola analiza cuáles fueron las causas que llevaron al Partido Comunista de la Argentina (PC) a desplegar un “apoyo táctico” a la última dictadura militar (1976-1983).

Producto de una larga concepción ideológica, y con el reflejo de la brutal represión que estaban sufriendo los comunistas chilenos luego del golpe pinochetista contra Allende, el PC argentino desarrolló, durante las décadas del setenta y gran parte de los ochenta, una línea partidaria en la que se hicieron insólitas interpretaciones de la realidad, guiadas por el propósito de no allanarle el camino a los denominados sectores “duros” de las Fuerzas Armadas y sus aliados. Bajo esa premisa se depositaron esperanzas en los militares supuestamente “blandos” y “democráticos”, entre quienes identificaban al mismísimo Jorge Rafael Videla. Para Casola, esta es “la derivación más extrema de la estrategia de la revolución por etapas y el programa de frente democrático nacional” (p. XXII).

El libro es el resultado de la investigación para la tesis de doctorado en Historia de la autora, aprobada en el año 2013 en la Universidad de Buenos Aires. Su publicación se inscribe en la “Colección Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda”, dirigida por Hernán Camarero. Es decir, se enmarca en la excelente iniciativa de la revista *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, junto con la editorial Imago Mundi, de poner en circulación sólidas pesquisas que profundicen en el conocimiento científico sobre la clase obrera y sus formas de organización a través de la historia.

La obra, de 312 páginas, se compone de un prólogo elaborado por Alejandro Schneider, una introducción, nueve capítulos, las consideraciones finales de la autora, un anexo con los detenidos-desaparecidos del PC durante la dictadura y un listado de referencias. Su estructura está dividida en dos secciones. La primera, compuesta por los primeros cuatro capítulos, se encarga de reconstruir los antecedentes históricos y la estrategia del Partido Comunista. La segunda, que abarca los capítulos que van del cinco al nueve, ahonda en el análisis de la línea que mantuvo el PC durante la dictadura militar y las derivas que sufrió desde la “transición” a la democracia hasta la caída del Muro de Berlín.

En la introducción, la autora articula un sucinto esquema de los puntos que desarrollará a lo largo de la obra. Allí destaca la escueta y tardía explicación que el PC —durante su XVI Congreso, en el año 1986— se dará a sí mismo sobre por qué obró como obró durante los años de plomo. La pobre aclaración de lo realizado versará sobre una nebulosa confusión entre táctica y estrategia. Contra este liviano *mea culpa* —y las acusaciones excesivamente simplistas de los investigadores con pocas simpatías por los comunistas locales, que les otorgan un desmesurado peso explicativo a los intereses comerciales de la URSS en la Argentina— Casola se propone revisar lo actuado por el PC durante la dictadura desde tres ejes.

En primer lugar, cree que es necesario adentrarse en la estrategia política que caracterizó al Partido Comunista durante toda su historia, en particular luego de la burocratización estalinista, momento en el cual se consolidaron las concepciones del *etapismo*; es decir, la idea de que antes de llegar al socialismo era necesario, para los países dependientes y semi-feudales como la Argentina, consolidar las prerrogativas democrático-burguesas que sí tenían los países centrales, a los

efectos de lo cual resultaba válido trazar alianzas con sectores laxamente definidos como “progresistas”, epíteto en el que ingresaban algunas facciones de las Fuerzas Armadas.

En segundo lugar, la investigadora pondrá bajo la lupa el accionar que tuvieron los militantes del Partido durante la dictadura. En este punto es necesario contemplar que, aun en el caso de un partido brutalmente verticalista como el PC, las directivas de la conducción se reducen a la nada si no se contemplan las formas en las cuales las bases realizaban su militancia, cuyo accionar ratificaba —o no— las líneas del Comité Central. Al mismo tiempo, se nos alerta sobre la legalidad de la que “gozó” el PC durante toda la dictadura militar —anómala incluso para su historia signada por la proscripción—. Este hecho invitó a que activistas de fuerzas políticas de izquierda prohibidas vean en el Partido Comunista una opción de militancia.

El tercer eje girará en torno al análisis de la represión sufrida por el Partido Comunista durante el período. Contra la idea de que el tratamiento recibido por los comunistas a lo largo del país fue homogéneo, la historiadora encuentra que el mismo se caracterizó por la desigual intensidad en distintas provincias, siendo particularmente virulenta en las zonas que se encontraron bajo la órbita del III Cuerpo del Ejército, a cargo de Luciano Benjamín Menéndez. La intensidad de la represión nos daría algunos indicios interpretativos sobre las disímiles actitudes respecto de la “línea” que tomaron los militantes de distintas regiones del país. Cuando la vida de los militantes se encontraba claramente en riesgo, las irreales directivas bajadas desde el Comité Central no se implementaban a fondo.

Para la realización de la investigación, la autora se nutrió de las fuentes disponibles en diversos archivos, entre ellos el del Centro de Documentación de la Izquierda Argentina (CEDINCI), el de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH), así como también en el Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), el Archivo Nacional de la Memoria y el Archivo Histórico del Ministerio del Interior de la ex República Democrática de Alemana (RDA). Utilizó, asimismo, un importante número de entrevistas orales a protagonistas de la época.

En el primer capítulo del libro, la autora comienza confrontando con la idea de que el Partido era una fuerza declinante para las décadas revisadas; contrariamente a eso, y amén del relativo declive sufrido desde la década del cuarenta, la historiadora encuentra que el PC llega a 1976 como

una clara referencia para todo un sector obrero y estudiantil con inquietudes militantes, pero que miraba con desconfianza a las versiones más radicalizadas de la izquierda. El grueso del capítulo está abocado a bucear en las matrices históricas que llevaron al PC argentino a tomar las posiciones que tomó durante los años de la dictadura. Dos hechos se destacan en la narración. En primer lugar, los cambios ocurridos a nivel del comunismo internacional, especialmente las pujas internas que consolidaron la burocratización de su entidad madre, el PC de la URSS. Con el ascenso de Stalin, se cristalizó la directiva programática que teñiría la historia de sus organizaciones satélites: la idea de que la revolución socialista debía desplegarse por etapas, en tanto la revolución proletaria sólo era posible en los países en los cuales la democracia burguesa y sus prerrogativas ya estuviesen plenamente consolidadas. Cuando esto no fuera así, los comunistas debían apoyarse en difusos sectores “progresistas”, a fin de erigir un “frente democrático-nacional”, la condición necesaria para pensar en el desarrollo de una sociedad socialista. Asimismo, se revisa aquí la conflictiva caracterización que el comunismo vernáculo realizó sobre el peronismo a través de su historia, la cual fue desde posiciones claramente condenatorias hacia posiciones más benignas, cuando no alabatorias.

En el segundo capítulo —clave en la arquitectura interpretativa de la obra— se revisa cómo repercutieron las líneas moscovitas sobre el comunismo argentino y decantaron en la idea de la “convergencia cívico militar”. La autora revisa los escritos clásicos de Lenin respecto a cuál era el rol que le cabía a las Fuerzas Armadas en la construcción de una sociedad socialista y su repercusión en el comunismo internacional. Ya desde la década de 1940, puede leerse en los escritos del eterno dirigente comunista Victorio Codovilla el llamado a los “militares patriotas” para el desarrollo conjunto de una “industria básica independiente”. La idea base del PC argentino era que, frente a la inexistencia de una burguesía interesada en el desarrollo de un proyecto político “democrático, nacional y antiimperialista”, las Fuerzas Armadas —en particular sus escalafones más bajos— podían ocupar ese lugar de privilegio al lado de los militantes pro-moscovitas. En ese sentido, la investigadora rastrea cómo el Partido se propuso la tarea de ganar militares para sus filas, objetivo para el cual desarrolló una propaganda específica. Los resultados de esta militancia al interior de los cuarteles, exhibidos triunfalmente desde la cúpula partidaria, estarían sin embargo sobredimensionados. Según Casola, aun siendo los miembros de las Fuerzas Armadas los primeros candidatos deseables a la hora de la conformación de frentes comunes, una movediza frontera re-

corrió las caracterizaciones comunistas sobre el accionar castrense, etiquetando a los uniformados con los taxativos epítetos de “populares” y “reaccionarios”. Por otra parte, dichos frentes no siempre se propulsaban por simpatía, sino que, en determinadas coyunturas, podían ser el resultado de la elección obligada de un “mal menor” frente a un “enemigo principal”. Este último será el caso del apoyo táctico a la línea “democrática” de Videla.

En el capítulo tres se busca retratar el cuadro de época en el cual se consolidó la concepción de la “convergencia”. El contexto abierto por la brevísima primavera camporista, y cerrado por la tercera presidencia de Juan Domingo Perón, tuvo como correlato una incontrolable crisis económica y social. Luego de una simpatía discursiva inicial, el PC se distanciará progresivamente de cualquier guiño a los Montoneros. Un factor clave para el rechazo del Partido Comunista a la actividad de las organizaciones político militares —amén de tener en su seno grupúsculos con entrenamiento militar— estuvo dada por la caracterización que los comunistas locales hacían sobre el rol que consideraban que la violencia política irreflexiva de la izquierda había tenido en el derrocamiento del presidente chileno Salvador Allende. Para el PC nativo, la novedosa “vía chilena al socialismo” de la Unidad Popular había sido sabotada, entre otras causas, por la actividad de la “ultraizquierda”, la cual, por no tener en claro el proyecto político superador que encabezaba el líder socialista, había continuado con su actividad militar y funcionado como excusa perfecta para que los sectores coligados con Pinochet diesen el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. La muerte de Perón, el 1 de julio de 1974 abría, para el comunismo, las condiciones para que en la Argentina los sectores “duros” de las Fuerzas Armadas y sus aliados replicaran la experiencia que sufría el país trasandino. Desde allí es que el PC, en correlación con sus líneas formativas históricas, buscará en los años siguientes vincularse con los sectores castrenses que puedan denominarse como un “mal menor”.

En el cuarto capítulo se analiza la política exterior de la URSS y los vínculos que trazó con la última dictadura militar. Desestimando las interpretaciones provenientes del maoísmo, Casola se encarga de ahondar en la política que Moscú se dio para el conjunto de América Latina. Para el PC, el hecho de que no se hubieran roto relaciones con la URSS inmediatamente instalada la dictadura era una demostración categórica del carácter democrático del general Videla. La ola revolucionaria seguida a la Revolución Cubana del año 1959 fue un escollo difícil de sortear para los dogmáticos estalinistas, puesto que no sólo les generó un interlocutor crítico que ponía en cuestión su

máxima del “socialismo en un solo país”, sino que además acrecentó las tensiones con el bloque capitalista, al punto tal de rozar una guerra nuclear con la Crisis de los Misiles de 1962. El modelo chileno al socialismo sería, desde que se constituyó la Unidad Popular, el impulsado por Moscú para sus satélites latinoamericanos. Para Casola, además de los calculadores vínculos comerciales entre el “Proceso” y la URSS, otros lugares de convergencia entre ambos fueron, curiosamente para nuestro sentido común, los foros internacionales. Con el objeto de cubrirse de los ataques que los EE.UU. hacían a la URSS en torno a la cuestión de la violación de los Derechos Humanos, la burocracia estalinista ensayó una alianza coyuntural con regímenes denunciados de ejercer prácticas terroristas contra su población. Estas confluencias, empero, no inhibían a la dictadura de ir a fondo con la Doctrina de Seguridad Nacional. La línea ensayada por el PC argentino durante los años de plomo no fue la resultante de una directiva del Kremlin, sino que encontraría su génesis en las caracterizaciones de largo arrastre del Partido revisadas en el capítulo dos.

Con el capítulo cinco se inicia la segunda parte del libro, dedicada a revisar las derivas del accionar del PC durante la dictadura. La base del acápite será desglosar los fundamentos del “apoyo táctico”, además de la curiosa legalidad del Partido durante el “Proceso” y sus desigualdades regionales. El golpe de Estado que se produjo el 24 de marzo de 1976 era, para la línea partidaria, un resultado esperable del desbarajuste social que generó el inoperante gobierno de “Isabelita”. Quedaba por definir el punto fundamental del carácter que tendría la nueva intervención. En palabras de Casola,

en la lectura inicial del partido, la cual demostró una sorprendente resistencia al paso del tiempo y a todo tipo de desengaños, el golpe materializaba, en primer lugar, el tan mentado, deseado y necesario final del “caos” y en segundo lugar, planteaba la posibilidad de conformar un gobierno de coalición amplia, de todos los partidos políticos y sectores sociales interesados en normalizar la vida constitucional del país (pp. 77-78).

Con el objetivo de frenar el avance de los sectores “duros” o “pinochetistas”, como Bussi y Menéndez, es que el PC apoyó “tácticamente” la presidencia de Videla. Esta posición se sostuvo incluso cuando la violencia terrorista azotó a sus militantes. Éstos, si bien tuvieron ciertas prerrogativas legales inauditas y un tratamiento “cuidado” por no ser catalogados de “subversivos” por parte de las autoridades dictatoriales de algunas zonas del país, sufrieron severas persecuciones, las cuales, sobre todo en el radio de acción del III Cuerpo del Ejército, decantaron en asesinatos, desapariciones y exilios.

En el capítulo seis, la investigadora reseña el modo en el cual circuló y se asimiló la línea bajada desde la cúpula del Partido entre los militantes. Si bien los comunistas estaban forjados en una disciplina partidaria en la cual el disenso no tenía lugar, en el accionar cotidiano post-golpista encontraron, en silencio, que la aplicación de los edictos del Comité Central poseían características dudosas y ponían en riesgo su vida. Los testimonios recogidos demuestran que, dentro de la ideología comunista, la “convergencia” no pareció descabellada para el año 1975, cuando comenzó a gestarse, y tampoco, a pesar de cierto desconcierto inicial, durante los primeros meses del golpe. Las reformas económicas de Martínez de Hoz y el paroxismo de la represión política fueron los elementos que comenzaron a generar incomodidad entre la militancia, la cual en contados casos llegó a la ruptura abrupta. Rupturas que, desde el Partido, fueron atribuidas a problemas individuales de formación, no a la posibilidad de estar equivocando la caracterización del proceso político encabezado por los genocidas.

El capítulo siete se encarga de revisar el accionar del Partido en frentes de masas, como la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH). Dichas organizaciones sirvieron como “cortina protectora” de una actividad militante transversal, importante vehículo para la difusión segura de la línea del PC. La Comisión de Familiares que comenzó a nuclear a los parientes del creciente número de desaparecidos fue, quizás, el lugar en donde las curiosas caracterizaciones que el PC realizaba de Videla generaron mayores contradicciones. Según Casola, “la línea partidaria era especialmente incómoda para aquellos que diariamente se organizaban para enfrentar el corazón de la política represiva, un sistema que abarcaba todo el país y sobre el cual las Fuerzas Armadas, con el tiempo fue quedando claro, no tenían diferencias” (p. 162). Las grietas que la línea partidaria empezaba a mostrar no inhibieron que militantes que habían quedado sin partido se refugiaran en sus organizaciones de masas como la LADH.

En el capítulo ocho se analiza la forma en la cual el PC se desenvolvió frente a la creciente denuncia internacional contra la dictadura argentina. Nuevamente esta revisión nos invita al asombro porque, lejos de actuar con virulencia contra la dictadura y su política represiva, el comunismo argentino se dedicó fuertemente a condenar el accionar contra el gobierno de facto de los exiliados, vinculándolos con intereses espurios que favorecerían al “imperialismo norteamericano”. Las expresiones de defensa de los sectores “progresistas” dentro del gobierno

de facto a nivel internacional se vinculaban al mismo tiempo al intento de no perder su condición de legalidad. Durante el Mundial de Fútbol de 1978, estas posiciones tomaron el color de una caricatura grotesca. La gravitación del partido en los organismos que vincularon a los exiliados argentinos, dada su desconfianza del exilio frente a un gobierno “democrático”, fue menor comparada con los casos de los Montoneros o el PRT-ERP; esto no impidió que el PC y sus emisarios recibieran suculentas sumas de dinero como solidaridad a sus proyectos democráticos por parte de los gobiernos del viejo continente vinculados a la socialdemocracia o al incipiente euro-comunismo. La convergencia entre la dictadura y Moscú en foros internacionales es revisada aquí con mayor profundidad.

En el capítulo nueve, Casola analiza las querellas en las cuales el PC se enfrascó, desde finales de la dictadura hasta la caída del Muro de Berlín, en el sostenimiento de la línea del “apoyo táctico” durante todo el “Proceso”. Amén de que la situación política luego de la salida de Videla de la presidencia, en particular con la llegada del “duro” Galtieri, daba cuenta de que la caracterización partidaria era insostenible hasta para su alocada lógica interna, el PC recién comenzó a articular algún dejo de crítica más o menos seria a la dictadura —aunque sin ser taxativo— luego de que ésta comenzara su fase final de descomposición. La campaña electoral y la apertura democrática de 1983 dieron ciertos aires de frescura a la taciturna versión local del estalinismo. Sin embargo, más allá de las facciones internas que comenzaron a disputarse los hilos de la dirección, una crítica explícita al “apoyo” recién tuvo lugar en su XVI Congreso del año 1986. Cualquier intento de renovación, empero, quedó sepultado a principios de la última década del siglo XX, con el derrumbe de la URSS.

En las consideraciones finales la autora resume los aportes de su obra. Revisa, además, la intencionalidad de la misma, a saber: plantar una serie de líneas de investigación sobre el PC y la izquierda en general; dicho campo de estudios, que fue dejado de lado durante el auge de la “historia profesional” posterior a la restauración democrática, revive hoy gracias a las investigaciones de una afortunadamente creciente lista de historiadores y científicos sociales, que lo insuflan de una fuerza sin precedentes. Consideramos al libro de Natalia Casola como un loable esfuerzo dentro de este propósito colectivo, que le otorga a la práctica política de sectores combativos una herramienta poderosísima: la rigurosa reconstrucción histórica del accionar de su propia clase.